

los días del hombre; entre esos dos círculos de superficiales, pero bellas flores, y los tristes y positivos frutos que produce el desengaño, prefiero el dulce aroma de las primeras que adormece, á los segundos que secan y amargan el corazón.

Quisiera que nunca se agotase la fuente de las ilusiones, y que se deslizara continuamente la vida por el verjel de soñadas delicias hasta hundirse en el océano de la eternidad.

Goza, venturosa edad; goza de las seductoras quimeras que te hacen ver el mundo como una mansion de imperecedera ventura.

No despiertes de ese delicioso sueño que te presenta en cada hombre un fiel amigo que se interesa en tu felicidad, y en cada mujer un ángel de pureza y de candor, que tiende sus alas para inundarte de ventura y de amor. Y cuando los que han entrado en el período de los desengaños, en esa edad en que todo se analiza, se burlen de tus fútiles, inofensivos y deliciosos goces, diles que son menos reprobables tus inocentes

deleites, que la desmedida ambición á los empleos, á los honores, al mando, á la avaricia, á la tiranía que domina en los que, muertos para las dulces ilusiones, viven para trastornar el órden social.

En aquella escogida reunion de jóvenes de ambos sexos, que bailaba al compás de una música delicada y armoniosa, nadie pensaba mas que en el amor,

Una mirada tierna, en que iba envuelta toda la ternura y el cariño del alma, era el único afán, la única ambición de aquellos seres para quienes el mundo entero estaba encerrado en los límites de aquel salon, mas rico en atractivos para ellos que el florífero Paraíso en que fué colocada la primera criatura.

Rafael y la encantadora Luz iban tan honesta y graciosamente enlazados, que parecian dos figuras aéreas que se deslizaban por la mullida alfombra, impulsados por un resorte mágico.

Los ojos de ambos estaban fijos en los ojos del otro, pero con una expresion, con una embriaguez de amor y de ternura, que evi-

taba á los labios la necesidad de expresar lo que el corazon sentia.

—¿No hay sér ninguno que pueda compararse á mí en felicidad, hermosa mia!— Dijo Rafael á la hermosa Luz al concluir la media cadena y empezar las vueltas de vals.—La imaginacion mas fecunda no puede inventar un placer que se aproxime al que embarga en este instante todas mis potencias, entera mi alma, sumergiéndola en un océano de delicias.

—Yo conozco otro sér—contestó Luz— que siente la superabundancia de felicidad que embarga tu corazon.

—¿Sí?

—A no dudarlo.

—¿Y quién?

—Yo.

Rafael estrechó la mano de su amada trasportado de júbilo.

—Es verdad—exclamó—tu amor es igual al mio, y nuestra satisfaccion debe ser idéntica. Nuestras almas sienten de la misma manera, piensan de la misma manera y gozan de la misma manera.

—Y sin embargo, hay momentos en que tú no participas de mis temores.

—¿Cuáles?

—Nuestra union no puede verificarse hasta que tu buen padre, que se halla en Veracruz, no vuelva de su destierro.

—Pero yo estoy trabajando para alcanzar que le alcen su condena, y lo conseguiré.

—Dios lo quiera.

—¿No es inocente?... ¿se ha mezclado alguna vez en la política....? De qué se le acusa?

—Con la elástica ley que hoy rige, basta una ligera sospecha, una acusacion de un enemigo oculto para que el gobierno expulsa á quien juzgue que no participa de sus ideas.

—¿Y quién debe, quién puede ser enemigo de un hombre que jamas ha abierto su mano sino para hacer un favor, ni sus labios sino para formular palabras de consuelo?

—Deber, ninguno, porque nadie debe ofender al que solo vive haciendo el bien;

pero poder.... puede hacerlo cualquiera que trate de perjudicarlo.... ó de retardar nuestra felicidad.

—¡Cómo....! explícate: ¿hay alguno que se interese en retardar nuestra union?

La jóven vió pintado en el rostro de su amante el temor y la ansiedad: conoció que la menor palabra afirmativa podria destruir la ventura que pocos momentos antes disfrutaba, y para tranquilizarlo contestó.

—No; no sé, ni sospecho nada.... era una suposicion nada mas.

Rafael sintió que le volvian la vida.

—Pues desecha esos vanos temores que empezaban á robarme la tranquilidad, y ten confianza en la promesa que me ha hecho un amigo de gran influencia con las personas que hoy conducen la nave del Estado, de poner muy en breve en libertad á tu querido padre.

—Estoy tranquila.

Rafael iba á dirigir nuevas palabras de esperanza; pero la música dió fin, y no pudo satisfacer su deseo, y fué á sentar á su

amada junto á la mamá con quien habia ido al baile.

Al dejarla le apretó dulcemente la mano, indicándola así este pensamiento: "*yo te amo*:" la jóven le miró con dulzura, y le estrechó la suya tres veces, que equivalia á contestarle: "*yo correspondo con toda mi alma á ese amor*."

Solo Leopoldo permanecia triste en aquel sitio en que todos se entregaban á las mas lisonjeras esperanzas: quieto enfrente de la puerta de entrada, esperaba ver llegar el objeto de su amor.

Eran tres cuartos para las diez, y Clotilde no parecia.

Leopoldo sufría horriblemente.

Cada instante le parecia una eternidad.

La sala, para otros animada y concurrida, era para él un árido desierto, cuyo cielo y horizontes se presentaban negros y cargados, amenazando una próxima tempestad.

—¿Le habrá sucedido algo....? ¿Estará mala....?

Pensó interiormente, y volvió á esperar

inquieto con aquella tardanza que le oprimía el corazón como la losa del sepulcro.

El cartel colocado en el salón, anunciaba un vals.

Los músicos lo indicaron tocando los primeros compases.

Leopoldo sacó el reloj y vio que eran las diez.

—¡No; ya no viene....! es demasiado tarde.... ¡Ah....! soy el más desgraciado de los amantes.

Dijo para sí, y se cruzó de brazos; fijó los ojos en el suelo, agoviado con un pensamiento doloroso, y sin cuidarse de los que pasaban á su lado mirándole con asombro y curiosidad.

Un elegante joven se acercó entonces á él, y pegándole cariñosamente en el hombro, le dijo:

—¿En qué piensas, amigo Leopoldo?

Leopoldo levantó los ojos, y los fijó en el hombre que le interrumpía en sus tristes meditaciones, y tendiéndole afectuosamente la mano al reconocerle, exclamó:

—En mi fatalidad, querido Rafael.

—¿Cómo!

—¿No ves que no ha venido Clotilde; la mujer cuya presencia me es necesaria como á las plantas el sol, como á las aves el viento?

—Sí; ya había echado de menos su falta.

—¿Y ha venido Luz?

—Sí; mírala allí al lado de su benévola madre.

—Tú siquiera eres feliz; y me alegro por que eres digno de serlo, amigo mío: tú no has encontrado en sus padres obstáculos que yo encuentre y que no sé cómo los podré allanar.

Y volvió á quedar abatido con aquel pensamiento.

—Vamos, no desesperes, Leopoldo: los artistas deben tener un corazón grande como su imaginación.

—Grande es el mío, y si de él solo se tratara, yo vencería todos los imposibles. Pero tú sabes, querido Rafael, que pesa sobre mi desgraciado padre un cargo que me ha cerrado las puertas de la estimación de Don Emilio: para él tengo un borron hereditario

que mancharia la existencia del ángel puro que adoro.

El jóven artista dejó caer la cabeza sobre el pecho, abrumado por el peso de aquella idea.

—Pero ese borron no existe: tu padre fué un hombre honrado que solo te dejó ideas nobles que imitar.

Contestó Rafael, tomándole la mano y estrechándose la con cariño.

—Sí, es verdad; pero eso lo sabes tú, porque tu buen padre era íntimo amigo del mio, y no le retiró su aprecio hasta verle morir: los demas. ....

—Los demas le harán justicia algun dia; y D. Emilio no podrá menos de reparar la ofensa que le hizo dudando de su lealtad, sino concediendo á su hijo la mano de la hechicera Clotilde.

—¡No lo creas!

El vals empezó en aquel momento.

—Dispénsame si te dejo:—dijo Rafael:— Pero he pedido esta pieza á una señorita, y voy á sacarla á bailar.

—Ve con Dios, y diviértete tanto cuanto yo padezco.

Rafael se separó de su amigo pronunciando palabras de consuelo, y se acercó á una jóven para bailar con ella.

El doctor Willey asomó al mismo tiempo en la sala, y se dirigió á la hermosa Luz.

Esta tembló al verle.

—¿Seré tan feliz, señorita, que tenga la dicha de haber llegado á tiempo?

Dijo el doctor con acento irónico y enviando una mirada hácia donde estaba Rafael.

—Al menos no tengo empeñada mi palabra para bailar el vals con ninguno hasta ahora.

Contestó la jóven haciendo un esfuerzo para sonreir.

—Pues si tiene vd. la bondad de favorecerme. ....

—Con mucho gusto, pues el favor lo recibo yo.

El doctor y Luz se mezclaron con las demas parejas.

Aunque á la esbelta jóven le repugnaba

la compañía de aquel hombre que le inspiraba con su amor un miedo invencible, sin embargo, estaba muy bien educada para que dejase ver en su rostro la mas mínima señal de disgusto.

Por el contrario: en su faz iban pintadas la franqueza y el placer, y de sus labios no salian, al contestar á una galantería, mas que palabras de gratitud.

Engañado Willey por aquella delicada manera de contestar á sus intencionales palabras, trató de aventurar una disimulada, pero expresiva declaracion, y le apretó la mano, diciéndola con aquella presion: "*yo amo á vd.*"

Luz no correspondió á aquella demostracion, y su manó se puso fria y permaneció quieta.

El doctor repitió su declaracion simbólica, pero sin que alcanzase de Luz la correspondencia que anhelaba.

Sin embargo, no desesperó, y aventuró por tercera vez su muda, pero significativa protesta de amor.

Luz entonces le miró con noble gravedad

y retiró su mano de la del doctor, dándole á entender con aquella mirada y accion este concepto: "*siento mucho no poder corresponder á vd.; estoy comprometida.*"

El doctor quedó cortado, disimuló el disgusto que le causó aquel desaire, y siguió bailando en el mayor silencio por un rato sin volverla á molestar, hasta que no pudiendo contenerse por mas tiempo, y aprovechando un instante en que todos valsaban y ellos descansaban marchando del brazo detras de las parejas, le dijo en voz baja y con ahogado acento.

—¡Siempre desdeñosa conmigo!

Luz sintió una desazon interior al ver que trataba de entablar un diálogo que le debía ser en extremo odioso.

—No señor—contestó casi entre dientes temiendo ser oida y bajando los ojos para no fijarlos en su compañero—no es por desden, sino por....

—Porque ama vd. á Rafael.

Repuso el doctor viendo que ella titubeaba en acabar la frase.

—Sabe vd. que cuando conocí á vd. es-

taba ya prometida á él, y que á no ser porque constantemente me está vd. amenazando con que hará vd. que el gobierno decapite á mi desterrado padre tan pronto como me una á Rafael, ya estaríamos desposados.

—Y lo cumpliría, y lo cumpliré tambien el dia que cometa vd. la imprudencia de decir á mi odioso rival ni una sola palabra sobre este asunto, ni sobre mi amor.

—Nunca se lo diré.

Contestó con resignacion heróica Luz, temiendo por la vida de su padre.

—¡Ah! hermosa mia—dijo el doctor tomando un acento mas dulce y mas galante—¿por qué me obliga vd. á ser cruel?... ¿Por qué esa resistencia en pronunciar una palabra que labraria mi felicidad y la de su anciano padre, cuyo destierro lograría yo que se le alzase al momento?

Luz iba á contestar; pero en aquel instante cesó la música, y el doctor la condujo á la silla que antes ocupaba al lado de su mamá. Al dejarla volvió á apretarle la mano sin que alcanzase correspondencia.

Willey arrugó el entrecejo, le dirigió una

mirada terrible que le hizo estremecer, y en seguida se fué á sentar á un rincon de la sala desde donde podia observarla á su satisfaccion sin ser notado.

La conversacion entre los jóvenes de ambos sexos que acababan de bailar era entretanto cada vez mas viva, mas grata y animada.

Solo Leopoldo, para quien la agena alegría era insoportable contraste que le recordaba su tormento, exhaló un suspiro, dejó la melancóica actitud en que habia permanecido hasta entonces; dejó ver en su rostro la señal de la resignacion; volvió á sacar el reloj, y salió á la calle diciendo:

—Espero en vano: salgamos de este infierno y marchemos á casa.

Luego, al poner los piés en la calle, exclamó.

—¡El cielo tendrá piedad!

A estas palabras dichas con la fé de un corazón religioso y en voz alta, contestó la de un hombre que se hallaba sentado en el dintel de la puerta.

—De la honradez y bondad  
que luchan contra un malvado  
en el mundo despiadado,  
el cielo tendrá piedad.

Leopoldo volvió la cabeza hacia donde  
le dirijian la palabra.

—¡El mendigo!....

Exclamó con agradable sorpresa al cono-  
cerle.

—Sí; señor D. Leopoldo; el mendigo cu-  
yos andrajos ofenderian el lujo del régio sa-  
lon en que bailan, y que por lo mismo ha  
permanecido aquí esperando á que vd. sa-  
liera.

—¿Le hace á vd. falta dinero?.... Ten-  
ga vd.

Y Leopoldo le alargó una moneda que el  
mendigo guardó diciendo.

—Gracias; pero no venia con intencion  
de pedirle.

—¿Pues con cuál?

—Con la de decirle que no esperase vd.  
esta noche á la señorita Clotilde.

—¿Cómo!.... ¿está mala?

—No señor.

—¿Lo sabe vd?

—Lo sé.

—¿Cómo!

—Porque la he visto.

—¿Usted!

—Yo.

—¿Cuándo?

—Esta noche: á las nueve y media.

—¿Dónde?

—Al subir en el coche con su mamá pa-  
ra venir al baile.

—¿Luego iban á venir?

—Sí señor.

—¿Y sabe vd. por qué no han venido?

—Seguramente.

—¿Por qué?

—Porque en el momento de poner el pié  
en el estrivo, llegó su padre acompañado  
del extranjero que las llevó esta mañana á  
misa, y las hizo entrar en casa, mandando  
al cochero que desengachase las mulas y  
metiese el coche.

—¡Dios mio...!—exclamó alarmado con  
aquella noticia Leopoldo:—¿Qué habrá pa-



sado....? ¿Y está vd. persuadido de que venian al baile?

—Segurísimo.

—¿En qué se funda vd?

—En que estaba en traje de baile.

—¿Sabe vd. qué adornos llevaba?

—Una corona de rosas blancas en la cabeza, y un lazo punzó, figurando una flor, en el pecho.

—Una corona de rosas blancas y una cinta punzó!....—exclamó Leopoldo henchido de placer.—¡Ah!.... no hay duda: venia á verme. ¿Y sabe vd. si ha salido ya de su casa el señor Duval?

—Lo ignoro, porque en el acto vine para ver si le encontraba á vd. fuera, y avisarle de lo que pasaba.

—Gracias por el interes que se toma vd. por mí.

—¿Por qué no pasa vd. por su calle? Acaso estará esperando á vd. en el balcon.

—Puede ser muy bien. Sí; voy á pasar ahora mismo.

—¿Quiere vd. que le acompañe?

—No, mil gracias; iré solo.

—Como vd. guste.

—Adios, y si no nos volvemos á ver mañana, en México, dentro de tres dias.

—Allí estaré.

—Calle de Tacuba núm. 3, segundo piso á la izquierda.

—Calle de Tacuba número tres.

Leopoldo se alejó á paso veloz.

—Parece—decia hablando consigo mismo mientras se dirijia á la calle en que Clotilde vivia—parece que habia adivinado que traeria yo el clavel rojo diciéndole en él: *“te amo como rendido, galante y apasionado caballero,”* cuando se colocó la corona de rosas blancas, contestándome en ellas: *“y yo tambien te amo.”* ¡Ah....! sí; ella me ama, me ama: ¿qué me importa que el mundo entero se oponga á mi felicidad y trate un rival de robarme su corazon, cuando en la cinta punzó me dice ella: *“te amo mas que á mi vida....”* ¡Mas que á su vida!

Y Leopoldo caminaba repitiendo las últimas palabras, hácia la casa de Clotilde.

Llegó con temor y esperanza á la calle; fijó los ojos con avidez en el sitio en que creía le estuviese esperando, pero solo alcanzó á ver cerrado el balcon.

Esperó un momento quieto enfrente, y nadie se presentó.

El mas profundo silencio reinaba dentro del edificio.

Ningun rayo de luz se vislumbraba al través de las cortinas que velaban las puertas vidrieras de la sala.

Leopoldo temió que bubiese tenido lugar alguna escena desagradable.

Conocia el carácter de Duval, y sospechó que tratase de alcanzar con alguna medida violenta la mano de la mujer que amaba.

Agobiado con esta idea, y viendo que esperar por mas tiempo era inútil, se alejó triste y afligido.

—Mañana sabré lo que ha pasado;—dijo:—Clotilde tiene costumbre de ir al Cabrió con su protectora y las señoras que están de temporada, y la hablaré; me impondrá de cuanto ha pasado esta noche, y en consecuencia de lo que me diga, obraré.

Diciendo esto llegó á la casa en que se alojaba cada vez que iba á San Angel, tocó á la puerta, abrió el portero, y penetró en su cuarto, inquieto por los acontecimientos futuros.